

Vera Brittain

# TESTAMENTO DE JUVENTUD

Periférica & Errata naturae



«Nadie debería dejar de leer este libro. Como todos los verdaderos clásicos, tiene algo que decirnos, generación tras generación... Si tienes lágrimas, prepárate para compartirlas».

*The Sunday Times*

Vera Brittain dedicó casi veinte años a escribir esta obra portentosa, en la que debía haber espacio «para los seres queridos y también para aquellos a quienes no conoceremos nunca, pero que, no cabe duda, son nuestros iguales». Pocas veces se ha contado la vida de aquella juventud, la que sufrió la Primera Guerra Mundial y la posguerra, con tanta profundidad, elegancia y exactitud. Se combinan aquí las peripecias (siempre verdaderas) de la hija del propietario de una fábrica de papel de provincias que luchaba por emanciparse con las de la joven estudiante de Oxford y con el sufrimiento que esa misma joven, convertida en enfermera, encuentra en el frente durante la guerra; su pasión por el estudio y la literatura con el afecto por muchos de los que la rodearon desde adolescente... Todos sus amigos lucharán en las trincheras, y todos sus amigos vivirán el fin de una época mejor en la que todo parecía más puro e ingenuo.

«Si la guerra me perdona la vida», escribió Brittain a su hermano, «mi único objetivo será inmortalizar en un libro nuestra historia, la de nuestros amigos». Aquel deseo, casi una promesa, se convirtió en uno de los libros de memorias más famosos y conmovedores del siglo xx. A pesar de su interés por ajustarse al marco histórico de lo sucedido y a los datos reales, Vera Brittain, cuando escribe, siempre lo hace en los alrededores de la poesía y de los sentimientos, respaldados por una inteligencia viva y sus fervientes creencias pacifistas y feministas. Cuando finalmente se publicó, en 1933, *Testamento de juventud* fue un éxito instantáneo. La primera edición se agotó en pocas semanas; Virginia Woolf anotó en su diario que se sentía impelida a quedarse despierta toda la noche para terminar de leerlo; y cuando apareció su edición americana, *The New York Times* escribió con entusiasmo que aquella historia autobiográfica era «honesto, reveladora... y desgarradoramente hermosa».

Un clásico emocionante que, al fin, casi noventa años después, podemos descubrir en castellano.

Traducción de Regina López Muñoz

978-84-17800-34-5

www.erratanaturae.com

14 x 21,5 / 848 páginas / 27,50 €

www.editorialperiferica.com

En librerías el 7 de octubre de 2019

## CARTA A UNA LECTORA DE MI GENERACIÓN

Lo primero que una piensa cuando, en 2019, le ofrecen traducir *Testamento de juventud* es: me ha tocado la lotería. Voy a traducir un clásico de la literatura inglesa, una obra que se estudia en las universidades, que se ha adaptado a cine y televisión, que ha marcado a varias generaciones. El argumentario del éxtasis inicial, sin embargo, tiene su reverso, y la emoción desbordada da paso al vértigo de saber que hay que enfrentarse a unas memorias de ochocientas páginas, y no cualesquiera memorias: uno de los relatos en primera persona sobre la Primera Guerra Mundial más leídos en el Reino Unido, una obra magna que forma parte del canon, y un libro único por cuanto representa —y de qué manera!— el valiosísimo testimonio de la experiencia de una mujer en primera línea del mayor conflicto bélico hasta aquel momento. Como consecuencia de esas dos sensaciones extremas, una pregunta: ¿qué hago yo traduciendo esto?

Porque ¿qué hago yo, aquí, ahora, traduciendo un libro que lleva ochenta y seis años en circulación? Resulta extraordinario, escandaloso, que no se haya publicado antes en España; o en Alemania, donde se editó por primera vez en 2018; o en Francia, donde el libro no está traducido y, por lo tanto, aún no existe.

No voy a tratar de buscar aquí respuestas para esta cuestión, ya que el objetivo de esta breve carta es, más bien, celebrar que *Testamento de juventud* llega por fin a estas tierras. Porque ochenta y seis años después todavía no es tarde. Y no sólo porque la calidad de su prosa, deslumbrante, sea ya de por sí motivo más que suficiente para leer con sumo placer a Brittain, sino porque las ideas que la autora expone y defiende a ultranza, con argumentos pero sobre todo con las decisiones que tomó en su apasionante juventud, siguen siendo tremendamente vigentes y necesarias. Cómo no quedarse boquiabierto al leer estas palabras,

casi al inicio del libro: «[...] las mujeres todavía tenemos mucho camino por recorrer antes de que nuestros logros se evalúen sin que medien consideraciones irrelevantes sobre nuestro sexo que sesguen el juicio del crítico, y ni siquiera las victorias políticas más recientes están tan aseguradas como para que aquellas que ya se benefician de ellas puedan permitirse dejar de lado a las pocas feministas reconocidas que se mantienen en estado de alerta y caminan todavía con cautela por sendas vedadas hasta hace muy poco».

Vera Brittain fue una de las grandes precursoras del feminismo en su país, ya desde muy temprana edad, con su lucha particular para superar los prejuicios familiares y conseguir entrar en Oxford. Luego, pasó de luchadora a combatiente, ejerciendo de enfermera durante todo el tiempo que duró la guerra. Y al término de ésta (cabe señalar aquí que el conflicto bélico ocupa únicamente un tercio del libro), rota de dolor y desesperanza, son la causa feminista, el socialismo más pacifista y el poder de su amistad con Winifred Holtby los que salvan a nuestra autora de un destino trágico.

Todas estas experiencias dan como resultado una obra maestra que en 2019 funciona como espejo donde mirarnos y analizarnos, pues prácticamente ninguna de las metas que la autora se propone están aún conquistadas. Los valores que rigen la vida de Vera Brittain son aspiración e inspiración para muchísimas de nosotras, las que sabemos que todavía queda mucho por hacer.

El día que entregué la traducción me di cuenta de que, en el proceso de trabajo, me habían salido una barbaridad de canas nuevas. Tal vez, como metáfora, resulte un poco chusca, pero la anécdota funciona para ilustrar una realidad: *Testamento de juventud* es, sin lugar a dudas, uno de esos libros que te dejan una huella profunda, te hacen madurar y te enriquecen. Porque, sí, tras leer a Vera Brittain se confirma el sentimiento inicial: te ha tocado la lotería, y eres una lectora inmensamente rica.

*Regina López Muñoz nació en 1985 y traduce libros desde 2011.  
Para Errata naturae & Periférica ha traducido a Mary Karr.*

## FRAGMENTOS SELECCIONADOS

*Queremos compartir con vosotros algunos de los fragmentos fragmentos de Testamento de juventud que más nos han cautivado (aunque la elección ha sido extremadamente difícil) y que dan cuenta de las preocupaciones de la autora en la época en que vivió, unas preocupaciones que, por inverosímil que parezca, siguen siendo las nuestras: el horror de las guerras y la necesidad moral del pacifismo, las luchas feministas, las dificultades para conciliar el estudio, el trabajo y la maternidad...*

Fue precisamente en un jardín, pero en el del colegio de St. Monica, junto a un estanque un tanto descuidado en el que unos peces de colores regordetes se deslizaban indolentes por las luces y las sombras, y la hierba aguja inclinaba sus pesados tallos hacia el borde del agua, donde imaginé por primera vez, presa de un éxtasis pueril, un mundo en el que las mujeres ya no serían las insignificantes criaturas de segunda categoría que habían sido hasta entonces, sino las compañeras de los hombres, iguales y dignas de respeto. Desde entonces, asocio el jardín escolar, ahora hermoso y cuidado en la dulzura de sus veinte años, pero a la sazón recién arrebatado a la basta superficie de las colinas y poblado de enmarañadas aulagas y genistas, a cualquier etapa pasada de la vida.

Allí, con dieciséis años, empecé a soñar que los hombres y las mujeres de mi generación —conmigo, naturalmente, como cabeza visible entre la galaxia de Leonardos— inaugurarían un nuevo Renacimiento a una escala colosal, y de paso redimirían los errores más garrafales de nuestros antepasados. Allí, de un modo más realista, proyecté mi muy deseada y siempre postergada carrera profesional, allí busqué refugio tras la ansiedad de los exámenes, allí aguardé noticias de la guerra, y sentí el siniestro temblor de las armas que desde la costa belga estremecían el valle de Caterham igual que un terremoto subterráneo. También allí, ya pasada la guerra, vagué sin rumbo tras impartir mis clases de Historia y Relaciones Internacionales a las alumnas de los cursos superiores, pensando en relaciones que nada tenían que ver con el ámbito internacional, y preguntándome si debía casarme o no.

A pesar de sus limitadas capacidades para el estudio y su irregular interés hacia cualquier tema que no tuviera algo que ver con la música, a mi padre ni se le pasó por la cabeza la idea de negarle a Edward una formación universitaria. Yo quería demasiado a mi hermano, incluso cuando todavía iba a la escuela, como para sentir celos de él, sobre todo porque siempre fue mi más gallardo defensor, pero me habría comportado con mucha más paciencia y docilidad de la que jamás demostré si no me hubieran ofendido los privilegios de los que disfrutaba por ser varón. Me constaba que mis boletines escolares más deslumbrantes nunca se tomaron tan en serio como mi incómoda sed de conocimiento y oportunidades; por emplear una expresión muy famosa hoy en día, en nuestra familia lo que importaba no era la calidad del trabajo, sino el género del trabajador.

Las pruebas constantes y para mí palmarias de esta diferencia de rasero hacia Edward y hacia mí no hicieron sino reforzar las tendencias feministas que había empezado a desarrollar en el colegio, y que seguían elaborándose de forma indirecta pero infalible merced al clamoroso drama del movimiento sufragista de la lejana Londres. «¡Qué triste es ser una mujer!», escribí en marzo de 1913, el mismo mes en que se puso en práctica por primera vez la «ley del gato y el ratón» para ingenioso tormento de las militantes<sup>1</sup>. [...]

Cualesquiera que fueran sus méritos a ojos del Todopoderoso, para las censuradoras damas de Buxton, escritores, catedráticos y universitarias pertenecían a la misma categoría antinatural y aborrecible. Si yo hubiera tenido facilidad para el dibujo y hubiera querido estudiar en París; si, como Edward, hubiera sido una compositora en ciernes y me hubiese planteado una carrera primero en el Conservatorio Nacional y luego en Dresde o Leipzig, los amigos de mis padres me habrían considerado una muchacha interesante y hasta fuera de serie. Pero tan mala fama tenía por aquel entonces la intelectualidad femenina, y tan insondables eran las profundidades de la autocomplacencia provinciana, que mi decisión de trasladarme a otra ciudad inglesa para estudiar la

<sup>1</sup> La Ley de Libertad Temporal por Mala Salud, conocida como la «del gato y el ratón», se aprobó en 1913 casi con el solo fin de combatir las protestas de las sufragistas, pues permitía que fuesen excarceladas cuando estaban débiles debido a las huelgas de hambre, sólo para volver a ponerlas entre rejas en cuanto se recuperaban.

literatura de mi propia lengua me valía los sambenitos de «ridícula», «excéntrica» y «mujer de mucho carácter».

---

Para mí y mis contemporáneos, una generación alegre y segura de la bondad del destino, la guerra era algo muy remoto, inimaginable; la desesperación y la monstruosa destrucción que sembraban los conflictos bélicos quedaban contenidas entre las tapas de los libros de Historia, como la peste negra o el Gran Incendio de Londres. A pesar del empeño de la señorita Heath Jones y de otras profesoras igual de inteligentes, «los acontecimientos de actualidad» no habían cobrado importancia para nosotros precisamente porque se trataba de sucesos a escala nacional; representaban algo que debíamos seguir a través de los periódicos y que nunca jamás viviríamos en nuestras carnes. Lo que importaba de veras no eran los asuntos públicos, sino los incidentes de nuestras vidas personales; pero ahora, de repente, los primeros prevalecían por encima de los segundos, y los acontecimientos públicos y las vidas privadas se volvían inseparables...

---

Tras una apresurada cena que apenas si logré ingerir debido a la fatiga y la emoción, cogí el último tren a Londres. Demasiado cansada, demasiado angustiada y demasiado decepcionada por haber perdido un permiso que pensaba dedicar a leer y dormir, el segundo viaje me resultó interminable. Era casi medianoche cuando me vi vagando por los arrabales silenciosos entre Camberwell New Road y nuestro apartamento, pero Betty me esperaba despierta en la cama. Cuando me oyó en la cancela, me gritó desde la ventana que nos habían mandado a las dos lejas, seguramente a Malta. [...]

Pero ni siquiera ese temor desesperado apagaba por completo la emoción de navegar frente a unas tierras lejanas y encantadas, inaccesibles para una turista de Agencia Cook de dieciséis años. Pasé toda una larga y calurosa velada en cubierta, todavía un poco mareada por el ajetreo en el Golfo de Vizcaya, observando cómo el rojo de los ladrillos de la costa de Portugal daba paso al gris plomizo de las rocas del Cabo de San Vicente. Aquella noche, Gibraltar se alzó ante nosotras como una sombra negra tachonada de luces; y, a la mañana siguiente, las arrogantes cumbres de Sierra Nevada se inclinaron sobre las cimas

serradas de las Alpujarras para ver deslizarse en silencio por las amenazadoras aguas azules aquel monstruo blanco al que un puñado de hombres y mujeres habían confiado sus vidas. Un día más, y las rocas grises y moradas de Cerdeña nos saludaron antes de que hiciéramos una parada de cuarenta y ocho horas para reabastecernos de carbón en Nápoles, a la sombra del gigante Vesubio, coronado de nubes. Mesina, ese estrecho angosto y trágico perpetuamente guardado por el centinela azul que es el Etna, desfiló frente a nosotras al amanecer de la novena mañana de travesía, y el décimo día, el Mediterráneo empezó a resplandecer con grandiosas alhajas: islas doradas de sombras violáceas ubicadas en un mar de zafiro.

---

«No hay ni luna, ni estrellas, así que está todo negro», le contaba a mi madre el 19 de marzo. «De vez en cuando viene una racha de lluvia, el retumbo lejano de los truenos, y destellos frecuentes de relámpagos. [...] Es espeluznante la sensación de soledad al salir a la galería abierta con la lluvia azotando, frente a una negrura absoluta, y oyendo el rugido del mar [...] con un farol que el viento no deja de apagar. (Acabo de darme una vuelta por el bloque por si alguno está asustado con la tormenta). ¿Recuerdas el miedo que me daban los truenos cuando era pequeña? Ahora, en cambio, me siento completamente como “la dama de la lámpara”<sup>2</sup>, paseándome entre el fragor de los truenos y los fogonazos de los relámpagos, unos relámpagos como nunca has visto en Inglaterra, para comprobar si otros pasan miedo».

Después de que el más frío de los fríos amaneceres azules diera paso cada mañana a una llamarada repentina con la rápida aparición del sol detrás de una colina coronada con una torrecilla baja, nos retirábamos a dormir a nuestros adorables aposentos, en el extremo más alejado del recinto. La habitación con suelo de piedra que compartía con Betty y otra joven enfermera quedaba a escasos metros del mar. Al otro lado de las ventanas, la remota y cárdena distancia—donde, los días más despejados, la cumbre nevada del Etna se vislumbraba tan tenue como el sueño de una nube blanca— se mezclaba con matices de cobalto y zafiro en el turquesa brillante del mar y el cielo. La puerta daba a una franja de hierba verde y rasa; más allá, las rocas doradas se juntaban con las

<sup>2</sup> Así se conocía a Florence Nightingale.



crestas blancas de unas olas en miniatura que, más que romper, se balanceaban en la orilla. Antes de meternos en la cama justo después del amanecer solíamos leer o charlar durante una hora, sentadas en bata y pijama en la hierba o las rocas. Desde mi cama observaba, a través de la puerta abierta, los barcos de velas blanquísimas de la isla de Gozo, flotando con las alas extendidas cien metros mar adentro, y las diminutas *dghajsas* pintadas que desfilaban como letárgicos escarabajos verdes y rojos por la línea del litoral.

Aunque nos encontrábamos en el extremo opuesto de las viviendas de las enfermeras, el bloque de los oficiales médicos estaba al lado del nuestro, en la punta de la península. Esta oportuna contigüidad posibilitaba la existencia de tardes agradables y extraoficiales de tenis y conversación sin peligro de que nos descubriera la supervisora. Ahora que empezaba a hacer calor de verdad, las largas caminatas habían perdido su atractivo; el apogeo de las flores ya había pasado, y las pulgas y mosquitos habían tomado el relevo. De modo que Betty, nuestra compañera de habitación y yo, aparentando gran virtud, nos íbamos a dormir nada más terminar de desayunar. Alrededor de las tres nos vestíamos a toda prisa con las blusas, las faldas y los panamás blancos que constituían lo más parecido a un atuendo de paisano que podíamos apañar, y nos escabullíamos cuidadosamente, armadas con nuestras raquetas, a las dependencias de los oficiales.

En el comedor, después de las partidas clandestinas, celebrábamos simpáticas meriendas con vermú y whisky. Nunca me molesté en informarme de lo que habría sucedido si nos hubieran sorprendido quebrantando de manera tan flagrante la norma sagrada de la segregación. Los oficiales médicos no conformaban un grupo de personalidades arrolladoras, pero las tardes agradables y normales que pasamos con ellos nos salvaron de las neurosis que se derivaban de meses y meses de vida monacal, y nos instilaban una vitalidad que valió con creces el sacrificio de las siestas.

---

El ruido remoto de los cañones era más una sensación que un sonido; a veces, un temblor sacudía la tierra, una vibración alteraba el viento, y en esos momentos no oía nada. Pero esa sensación volvía imposible cualquier sentimiento de paz completa; siempre se percibía en el ambiente la tensión, la inquietud, el leve crujido que se produce antes de un terremoto o del trueno inminente.

El encanto del lugar era aún más atractivo, aunque menos delirante, que el embrujo de la belleza de Malta; resultaba imposible obviarlo por mucho que lo temieras y te resistieras, sabiendo que se obtenía a costa de pérdida y frustración. Francia era el escenario de una muerte titánica e ilimitada, y por ese mismo motivo se había convertido en el corazón de los vivos más feroces que hubiera conocido cualquier generación. Nada era permanente; todo y todos estaban en perpetuo movimiento; las amistades eran provisionales, los puestos eran provisionales, la propia vida era lo más provisional de todo. Nunca, en ningún lugar ni momento, había sido tan pertinente el lamento de «la esposa de James Lee»:

*Guardar la belleza en el centro de nuestro corazón  
y mantenerla intacta: ¡he aquí nuestra demanda!  
Y la respuesta: ¡Nunca más!*

Cuando rememoro la guerra, nunca es verano, sino invierno; siempre frío, oscuridad e incomodidades, y la calidez intermitente del entusiasmo que nos exaltaba aun viviendo en esas condiciones. Su símbolo permanente, para mí, es una vela clavada en el gollete de una botella, la llama diminuta parpadeando con una corriente glacial, y creando, pese a todo, la ilusión en miniatura de una luz contra una negrura opaca e infinita.

---

Cuando rememoro el feminismo entusiasta de mi juventud previa a la guerra, y la fiera efervescencia con que libraría batallas literarias por la causa femenina después del conflicto, me resulta increíble que regresara al hospital ignorando por completo que, apenas unos días antes de coger el permiso, había sido aprobada en la Cámara de los Lores la Ley de Representación del Pueblo que concedía el derecho al voto a las mujeres mayores de treinta años. [...] Con una ironía incoherente raras veces igualada en la historia de las revoluciones, la espectacular marcha del movimiento de las mujeres, lleno de vida y color, de aventura, de iniciativa, de voluntad de sacrificio, alcanzó su callado e inadvertido triunfo en el momento en que la guerra entraba en la sima de su noche más profunda.

Al principio, la guerra me había resultado exasperante, y me obcequé en ignorarla; luego tuve que aceptar su realidad, y por último me vi obligada a participar en ella, a resistir el miedo, el dolor y la fatiga que me causó, y a presenciar con angustia e impotencia las muertes, no sólo de quienes habían conformado mi vida personal, sino de los muchos hombres valientes y resignados que yo había cuidado y no pude salvar. Pero eso tampoco es suficiente. Ahora, mi trabajo consiste en saberlo todo de ella y tratar de evitar, en la medida de lo posible, que vuelva a sucederles a otros en el futuro. Acaso el concienzudo estudio del pasado del ser humano me explique gran parte de lo que en este desconcertante presente resulta inexplicable. Acaso los medios para la salvación existan ya, implícitos en la historia, inadvertidos, celosamente ocultados por quienes viven de la guerra, y aguarden que unos hombres y unas mujeres sensatos los redescubran y reconozcan con entusiasmo.

Recordé que cuando era niña, en St. Monica y en Buxton, me planteaba la vida como algo individual que atañía sólo a uno mismo; que los acontecimientos del mundo eran importantes a su manera, pero irrelevantes a nivel personal. Ahora, como el resto de mi generación, me he visto obligada a aprender una vez más la terrible verdad que reside en las palabras de George Eliot a propósito de la invasión de las preocupaciones personales por parte de los destinos importantes de la Humanidad, y reconocer por fin que no hay vida realmente privada, ni aislada, ni autosuficiente. Las vidas de las personas eran del todo suyas, quizá —y de un modo más justificable—, cuando el mundo se antojaba inmenso y sus idas y venidas eran lentas y deliberadas. Pero esto ya no es así, y nunca más lo será, puesto que las invenciones del hombre han eliminado gran parte del tiempo y la distancia; tanto para lo bueno como para lo malo, ahora cada uno de nosotros forma parte del oleaje de los grandes movimientos económicos y políticos, y cualquier cosa que hagamos, como individuos o como naciones, repercute intensamente en todos los demás. Ya estábamos así de unidos antes de que nos diéramos cuenta; si tan sólo la cómoda prosperidad de la época victoriana no nos hubiera arrullado en la falsa convicción de la seguridad individual y nos hubiera hecho creer que lo que sucedía más allá de nuestros hogares no importaba, puede que la Gran Guerra nunca hubiera tenido lugar.

El 14 de octubre me uní a las hordas de muchachas que asistieron, en el Teatro Sheldonian, a la primera ceremonia de graduación en la que participaron mujeres. Era un día de otoño cálido y chispeante, y las togas carmesí de las autoridades competían con el rojo vino de las ampelopsis que engalanaban con dignidad los muros y los patios. Dentro del Sheldonian, varias hileras de rostros añiados y ansiosos miraban hacia abajo, observando maravillados la compleja ceremonia que se desarrollaba en el anfiteatro; el ambiente estaba impregnado de excitación y de la certeza de estar presenciando el cumplimiento de un sueño con el que habían fantaseado, años antes de que nacieran aquellas diplomadas, mujeres que llevaban mucho tiempo muertas, mujeres a las que les trajo sin cuidado dejarse el pellejo con tal de contribuir a la causa. Todo el mundo fingía ignorar ese ambiente —los hombres adoptaban una actitud de decidida convicción de que no estaba ocurriendo nada extraordinario; las mujeres lucían un semblante de tímida severidad, como si los diplomas fuesen para ellas la cosa más natural del mundo—, pero la tensión y el nerviosismo del momento no podían obviarse, y tras mucho frufrú de togas y disparos de cámaras de la prensa, el hostigado vicerrector, presa de la confusión, pasó por encima de la cabeza de una candidata su propio birrete, en lugar del Nuevo Testamento.

Antes del inicio de la ceremonia propiamente dicha, a las cinco directoras de las sociedades femeninas se les concedieron sus títulos, y los aplausos hicieron vibrar el auditorio cuando se enfundaron las togas y se sentaron detrás del vicerrector, momento que la directora de Somerville había ensayado durante casi una hora el día anterior, junto con otras alumnas de Somerville que también se graduaban. ¡Menuda consumación del trabajo de toda una vida!, pensé, con una sensación de cariño hacia aquel *college* tan intelectualmente arrogante cuya directora había auspiciado más que cualquier otra mujer de Oxford las celebraciones simbólicas de ese día. [...]

En cualquier caso, durante el resto del semestre los estudiantes varones estuvieron bastante revolucionados. «Me di cuenta, con el corazón encogido», escribía un clásico humorista en un diario oxoniense tras describir la «extraña visión» de una mujer con toga y birrete apeándose de una bicicleta, «de que estaba en presencia de una igual, y las facultades asumieron un terror nuevo para mí. Se me reveló la mujer estudiante en toda su inmensidad. Dos catedráticos

plácidos y seniles pasaron a mi lado. *Monstrum horrendum informe*, oí que murmuraba uno de ellos. Me pregunto de qué manera disfrutarán las encantadoras damas de su nuevo estatus. [...] ¿Las veremos lucir etiqueta cuando llegue el momento último y más temido?».

Y así sucesivamente. Todas nos acostumbramos enseguida, y ni siquiera nos molestábamos en leer aquellos comentarios, pero los hombres —sin duda, con la esperanza de que lo hiciéramos— insistían en seguir escribiéndolos.

---

«Te lo habrías pasado pipa», le conté a Winifred, que también andaba preparando una serie de charlas sobre personalidades en la Italia prerrenacentista que daría en St. Monica después de mí, «si me hubieras visto anoche, con el sombrero y las pieles, declamando delante del espejo. Tengo intención de ensayar un rato cada día, hasta que me sepa el discurso de memoria y deje de sentirme como una boba. [...] Cómo me alegro de haber estudiado Relaciones Internacionales, y cómo me alegro de dar charlas sobre el asunto, aunque sean modestas; me alegro de hacer cualquier cosa, por insignificante que sea, con tal de que la gente empiece a preocuparse por la paz en el mundo. Tal vez se trate de una utopía, pero es algo constructivo. Mejor eso que despotricar contra el estado actual de Europa, o llorar a oscuras por los muertos».

---

El estudio de Doughty Street, elegido por su proximidad al Museo Británico en una época en que todavía esperábamos dedicar meses de investigación a Metternich y Alejandro, constaba de una habitación espaciosa de techos altos alumbrada tan sólo por unas claraboyas y convertida mediante unas mamparas de madera fina en dos dormitorios diminutos, una minúscula salita y una «cocina» tan pequeña que no cabíamos al mismo tiempo la hornilla y nosotras dos. Como las mamparas tenían la misma altura que nosotras, cualquier sonido que se hiciera en una «habitación» era completamente audible en las demás, de suerte que cuando yo daba clases a mi licenciada galesa en la salita, Winifred, desterrada durante ese rato a su dormitorio, tenía que quedarse como una estatua durante una hora, sin revolver entre sus papeles, estornudar ni toser. Como el techo era tan alto, y las estancias donde no daba la luz sólo se

caldeaban con unas estufas de gas chiquititas que funcionaban con monedas, el estudio siempre estaba helado, salvo cuando encendíamos la chimenea inmensa del «pasillo», que consumía todo un costal de carbón en una sola tarde y emitía nubes de humo que nos recubrían, a nosotras y a todo lo demás, de una capa negra de polvo y carbonilla.

Cada mañana, la desaseada gobernanta de la casa de huéspedes en la que se había habilitado el estudio nos traía una bandeja con un desayuno frugal, y nada más acabarlo dedicábamos una hora a limpiar y ordenar a conciencia nuestras habitaciones. El almuerzo siempre lo hacíamos «fuera», en un restaurante de Theobald's Road, pero comprábamos y preparábamos la merienda y la cena. Cada momento que no estábamos comiendo o limpiando consagrábamos toda nuestra energía al trabajo, y hora tras hora, durante semanas enteras, nos agazapábamos con los pies helados y la nariz colorada a ambos lados del intermitente fuego de gas de la salita, esbozando los episodios finales de nuestras novelas, armando discursos, preparando clases, corrigiendo disertaciones pueriles y escribiendo decenas de artículos que se quedaban invariablemente sin hogar.

En apariencia, llevábamos una vida por completo exenta de comodidades; sin embargo, me daba la sensación de que hasta entonces no había sabido lo que eran las comodidades. Por primera vez conocía el lujo de la intimidad, la felicidad serena de poder salir y entrar a mi antojo, sin intromisiones ni supervisión. En las infancias victorianas y eduardianas, la intimidad no existía, y me parecía que entre los trece y los veintisiete años había vivido en público. En el colegio había dormido y despertado en dormitorios comunes, caminado en filas de a dos, leído y estudiado en compañía de otras personas; acaso nada sea aún tan agobiante en la vida tradicional de los pensionados como la imposibilidad de un niño o una niña de estar a solas. Sin duda, la de Buxton no habría podido calificarse de vida en comunidad, pues yo contaba con el aislamiento físico de un dormitorio para mí sola, aunque en realidad no me brindaba intimidad de ningún otro tipo; ninguna integrante de aquella sociedad provinciana de preguerra podía esperar vivir sola, ni siquiera de adulta, y los reflectores locales y familiares se habían orientado constantemente hacia las esperanzas más caras y las relaciones más íntimas de cualquier «joven». En cuanto a los siete años siguientes —cuatro en el Ejército y tres en la universidad—, habían representado la vida en comunidad en su apogeo. Los asombrados parientes que de vez en cuando venían a verme se preguntaban «cómo

diablos» podía soportar yo tanta «incomodidad bohemia», pero para mí era un paraíso.

---

A veces contemplo el atardecer y veo sólo la sangre derramada de unos cuerpos que podrían haber sido venerados como dioses y llorados por unos corazones que al menos poseen una divinidad potencial. Podríamos ser tan felices... Hay tanta belleza, y tanta bondad; [...] incluso en este sitio tan poco bonito, los crocos, que este año florecen tarde, y los capullos minúsculos de los majuelos poseen una hermosura casi alarmante. ¡Ojalá cantaran los pájaros lo bastante fuerte para ahogar el lamento que se eleva de la insensatez, la insensatez de los habitantes de este estúpido planeta!

---

De mis confusos recuerdos de los discursos sinceros y escrupulosos que pronunciamos Harris, Winifred y yo misma por una decidida resistencia a *tories* y comunistas entre humaredas de tabaco *cockney*, destaca uno, la víspera de los comicios. [...] La muchedumbre que abarrotaba el auditorio, sentada y en pie, disputada a la oposición y ahora exultante, aguardaba el momento de avasallar a preguntas al candidato, y no tenía paciencia para un orador rollizo y hasta cierto punto ramplón enviado por la sede liberal. [...]

Dos o tres veces intentó Headlam hacerse oír, pero ni siquiera el intrépido moderador, con su noble cabeza blanca y su largo historial de trabajo al servicio de causas impopulares, logró acallar el tumulto. Al final, Harris se inclinó hacia mí y susurró: «¿Podrías levantarte e intentar decir algo? Son buenas personas... Si una mujer se pone en pie, es probable que se calmen un poco».

De modo que el sentencioso Headlam se vio obligado a cederme la palabra por un instante, y yo me levanté, presa de un pavor aniquilador, pero decidida a interrumpir de un modo u otro el clamor.

«¿Y tú de quién erees?», preguntó al instante una voz desde el fondo de la sala, con inconfundible ironía.

Al oír esto, el sufrido candidato dio un brinco y sus bondadosos ojos oscuros ardieron de indignación. Estaba dispuesto a tolerar cualquier comentario sobre su pasado, su futuro, su historial público y su impecable carácter, pero aquel in-

sulto a una joven simpatizante encarnaba más de lo que la tradición de Harrow y Trinity eran capaces de soportar.

«¡Es usted un sinvergüenza! ¡Un sinvergüenza!», gritó, agitando el puño hacia el alborotador invisible. «Que se meta conmigo no me importa nada, yo sé cuidar de mí mismo, pero...».

Sin embargo, yo no iba a permitir que siguiera por ese camino. Por mucho que agradeciera la generosidad y caballerosidad de sus intenciones, una feminista activa no podía tolerar aquel argumento protector. Aún desde mi esquina del estrado, bramé por encima del barrullo: «¡Y yo también!».

El público estalló en aplausos y risas. Cuando el escándalo fue apagándose, prestó una relativa atención a mi trillada súplica en pro del juego limpio entre los adversarios. Después de aquella ocasión, en Bethnal Green siempre me escucharon con animada tolerancia, aunque mis insistentes argumentos a favor del libre comercio y las políticas de la Sociedad de Naciones debían de resultarles demasiado académicos.

---

«A veces creo haber superado esa sensación, constante durante la guerra, de que estas calamidades son pura rutina; lo que me parece positivo, porque estábamos volviéndonos unos desalmados. El *Times* está opinando sobre la sobrepoblación femenina que se ha desprendido del censo; ¡creo que ciento una mujeres más por cada mil hombres, para ser exactos! Han sido muy amables con nosotras en el editorial de hoy; decían que las mujeres que habían perdido a sus maridos o enamorados durante la guerra no pueden esperar ser relegadas a una viudedad o una soltería perpetua. Pero insinuaban que las que estaban dispuestas a buscar un empleo en el extranjero no sólo tendrían más posibilidades de cazar marido, ¡sino que estarían prestando un servicio a su patria! Parece que nadie se plantea siquiera que algunas mujeres no quieran casarse; ¡el artículo llegaba a aludir incluso a “hallar la vida doméstica que desean”! Personalmente, no tengo nada que objetar a la condición de superflua, mientras se me permita ser útil, y aunque estaría encantada de desempeñar cualquier trabajo que me llevase al extranjero, no lo haría porque ello me capacitara mejor para echarle el lazo a un macho huidizo».



«Para mí», le respondí a G., «el problema del feminismo equivale a tu problema económico. Igual que tú quieres descubrir cómo puede un hombre mantener un nivel decente de cultura con unos ingresos limitados, yo quiero resolver el problema de cómo puede una mujer casada, sin ser rica, tener hijos y mantener su independencia intelectual y espiritual, y al mismo tiempo contar [...] con el tiempo para cultivar su propia carrera. Para las mujeres solteras ahora ese problema no existe, a condición de que tengan la voluntad de trabajar. Para una mujer casada sin hijos sólo hay un problema psicológico —un problema de prejuicio— que puede superarse a base de determinación. Pero el otro problema —el de la mujer con hijos— es el más esencial. No estoy segura de que, absteniéndose de tener hijos, una pueda resolver sola el problema; como tampoco lo resuelve, qué duda cabe, para la población femenina del futuro. Pero la necesidad de resolverlo es tan urgente que se eleva al nivel de esos casos en los que resulta oportuno que un hombre —y más de un hombre— muera por los demás».

---

Quizá, después de todo, lo mejor que podíamos hacer los que quedábamos era negarnos a olvidar, y enseñar a nuestros descendientes que recordábamos con la esperanza de que ellos, cuando les llegara el momento, tuvieran más poder para cambiar el estado del mundo que nuestra generación arruinada y destrozada. Si tan sólo la nobleza que nosotros habíamos orientado a la destrucción pudiese de algún modo ser empleada por ellos en la creación, si el valor que nosotros habíamos consagrado a la guerra podían ellos emplearlo en pro de la paz, el futuro podría conocer la redención del ser humano, en lugar de un mayor descenso hacia el caos.



Vera Brittain (Newcastle-under-Lyme, 1893-Wimbledon, 1970) fue una de las escritoras británicas más singulares del siglo xx, conocida también por sus ideas pacifistas y feministas. Estudió en la Universidad de Oxford, aunque se vio obligada a retrasar su formación para trabajar como enfermera voluntaria durante la mayor parte de la Primera Guerra Mundial. En 1923 publicó su primera novela (ya era conocida, en algunos círculos, como poeta), *The Dark Tide*, pero el reconocimiento público le llegó diez años después con *Testamento de juventud*, que fue todo un éxito de crítica y ventas y se convirtió en uno de los libros más comentados de su época.

© MARK BOSTRIDGE & T. J. BRITTAIN-CATLIN,  
LITERARY EXECUTORS OF VERA BRITTAIN, 1970

© DE LA TRADUCCIÓN, REGINA LÓPEZ MUÑOZ, 2019

© DE ESTA EDICIÓN: PERIFÉRICA & ERRATA NATURAE

EN LIBRERÍAS: 7 DE OCTUBRE DE 2019

DISTRIBUCIÓN: UDL LIBROS